

Mi único hogar

sílice

Fernando Ugeda Calabuig

Teresa acaba de marcharse al trabajo dejando en los labios de Alberto el rumor del último beso. El marido, al instante, ha sentido la necesidad de escribirle una carta y le da por imaginar el gesto de extrañeza que esbozará su esposa al recibir un texto epistolar en estos tiempos marcados por la inmediatez del WhatsApp. Sospecha un amago de sonrisa asaltando su boca al tiempo que un signo de interrogación, posiblemente, le curve el entrecejo. En las redes sociales la palabra se torna efímera, los besos jamás rozan las mejillas, los “te quiero” se disfrazan de emoticonos, bagatelas que a Alberto se le antojan alforjas vacías. A su modo de entender, el amor no escatima esfuerzos, persigue la excelencia, por eso atiende el deseo de surcar el papel con la punta de la pluma e inhalar el olor inefable que derrama cada palabra escrita.

Hoy es el último día de trabajo de Teresa, mañana ambos estarán jubilados y se adentrarán en un nuevo ciclo de la vida. Alberto presiente que, una vez ajenos a la esclavitud del calendario, ésta podría ser la etapa más dichosa de sus existencias. Sabe lo mucho que le gusta el mar a su esposa, así que lo ha planeado todo en secreto para que pronto paseen cogidos de la mano por una playa del Mediterráneo. Los pies descalzos marcando huellas efímeras en la arena y el aire venteando el salitre mientras la espuma de las olas caracolea antes de alcanzar extenuada la orilla. No imagina mejor decorado para su amor, porque ahora amarla se le antoja inaplazable. Le encanta recorrer con sus dedos el rastro que el tiempo ha cincelado en la piel de Teresa. A su modo de entender, para ciertos ojos bisoños, la falta de tersura puede parecer un agravio, cuando en realidad es una medalla que declara las batallas ganadas por una epidermis que todavía destila el dulce aroma de los almendros. Disfruta del cuerpo de su esposa del mismo modo que ella goza del de él, sin la premura de antaño, libre de la precipitación adolescente que sólo anhela llegar lo antes posible a su destino. Hay algo que los jóvenes conocerán a su debido

tiempo: por muchos que sean los años, el deseo jamás envejece. Además, la experiencia en un grado.

Alberto conjetura acerca del secreto que habita las manos de Teresa y desdeña el rigor del invierno que se avecina cargado de impuestos. Sabe que la esperaría en mitad del desierto o en el vientre de un aguacero, empapado y enamorado hasta el cuello, pisando charcos con la inocencia propia del niño travieso que aún mora en sus adentros.

Alberto está terminando la carta y sonríe al pensar que Teresa le dirá que las palabras sobran cuando la llama del amor flamea en la mirada y los gestos se explican por sí solos. Aun así, él ha querido proclamar la inmensidad de su amor para que ella jamás albergue dudas al respecto, ni siquiera cuando, a lo largo de los años venideros, en algún momento los azote el desaliento. Alberto saca la lengua a pasear y garabatea las últimas frases esmerándose en la caligrafía: “*Tú eres mi brújula, la mitad de mí donde habita el corazón, y te quiero con un amor ajeno a la rutina y al desgaste que propician los años. Cada vez que me alejo de ti sólo pienso en regresar cuanto antes al refugio de tus brazos. Allí se encuentra mi único hogar, allí nada puede hacerme daño*”.

Dobra el papel con delicadeza y lo deja sobre la mesa del comedor, a los pies de la foto en la que ambos aparecen abrazados de espaldas, cautivados por un sol que parece zambullirse en el espejo irisado del Mediterráneo bajo el embrujo de un ocaso que se desangra entre celajes naranjas y ocres.